



P O E M A D E M A N H A T T A N

A Juan Ramón Jiménez

I

Oh momento!
Oh en Manháttan, canto y pensamiento!
Sobre una eternidad movable
el lucimiento,
el análisis de una inteligencia incorregible
con sus torres desiertas...
Y más que antes!

El pétreo jardín de granadas gigantes
y abiertas,
sin cesar destruyéndose, construía invisible,
tras un velo
lejano.

Víme en la noche
con una rosa en la mano
sobre un gran rascacielo.

De medusas pobláronse mis sienes;
Viejo licor humano
en mi razón buscaban. Oh cosecha impura,
en esta otra selva oscura del hierro.
Oh Manháttan!

El pétreo jardín
de tus monumentos
sin fin!

Velámenes de piedras bien labradas.
Volúmenes que fueran frustrados pensamientos
de dioses.

Ahora geometrías doradas.

Esa noche ví la belleza última
que da la forma carnal
al diluirse su matemático aroma.
Y el cuerpo fué para mí la lámpara formal
que al abolirse crea la noche total
que mata a la paloma.

Entre antorchas líquidas de bronce,
las antítesis del rito cristiano
me formaron escrúpulo y velo.
Yo estaba con una rosa en la mano
sobre un gran rascacielo.

¿Por qué, entonces
enarbolé la rosa a las estrellas?
¿Para saciar aquellas hidras petrificadas
de ceniza o basalto
o granito
e hipnotizadas
por la música de lo alto
infinito?

II

Vieron los ojos míos,
el resplandor lejano.
La hoguera mineral de cuarzo entre dos negros ríos.
Oh isla! Oh inmensidad!
Ciudad. Ciudad. Ciudad.

Oh Manháttan!

Bajo los diez puentes colgantes y los monumentos
y las legiones de imprevistos aviones,
los brillantes yacimientos
de una razón vendimiadora
que se hunde en la tierra y se ignora.

Y la carne mía construída sólo por la Idea,
y el pensamiento como urna de sangre viva
y el ave en mí, encadenada a la pétrea marea,
y la ola en que voy, con grandes torres, mas cautiva.

Y el hombre como hipótesis de la sombra constante,
y aquellos hierros, que se descubren tejidos de espuma,
y esta eternidad deshilándose sin tregua en el instante
y los reflectores, cruzando lanzas en la bruma.

Oh, en Manháttan, un canto, hacia el viento!
La rosa siempre junto a mí.
Oh noche! Oh momento!
¿Cómo en la piedra nace una flor así?

III

El lucimiento de una inteligencia
sin límites, audaz, rara,
como un desviado río se va en aventuras,
fuera de sí, y aún cree que aclara
el universo a las criaturas.

Y el corazón, siempre
con sombra de sí mismo tejiendo en el abismo
que por miedo no se nombra,
el brial ornamental de la más alta ciencia.

Esa noche
aquel pensar que siempre fué mi sombra,
pero nunca creencia,
fué en Manháttan dramática experiencia.

De aquella flor exprimió invencible vino
de poesía.

Lo bebí de un solo impulso,
loando al hombre, porque vence al Tiempo!

Licor, convulso y fuerte,
de la flor!
me trajo antiguo enigma que transformó mis planes.
Al beberlo,
corregí:

- Los hombres nunca vencen a la Muerte
- Ni tampoco en Manháttan los titanes!

IV

En seguida,
mi mano

oprimió y gozó en la flor,
el candor
de la vida.
Díome su carne un destino
de Muerte, en el humano
Amor!

Cuando eso hacía
díjome la flor:
—Por este camino,
se llega al Divino
Amor!

Oh, en Manháttan, un canto hacia el viento!
La rosa siempre junto a mí.
Oh noche! Oh ciudad! Oh momento!
¿Cómo en la piedra nace una flor que habla así?

New York — 1942.

E M I L I O O R I B E

